

Almagro Gorbea, Martín y Alonso Romero, Fernando
(2022): *Peñas sacras de Galicia*. Betanzos (A Coruña):
Fundación L. Monteagudo (548 p.).
ISBN 978-84-09-37480-9.

GERMÁN DELIBES DE CASTRO

Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología social y Ciencias y Técnicas
historiográficas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valladolid.

Plaza Campus Universitario, s/n. Valladolid, 47011.

Email: delibes@fyl.uva.es

Recibido: 17/10/2022. Aceptado: 26/10/2022.

Cómo citar: Delibes de Castro, Germán (2021): Qué sucedió en la Edad del Cobre”.

BSAA arqueología, LXXXVII, pp. 244-248.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ba.LXXXVII.0.244-248>

Entre los múltiples y más recientes empeños del incansable arqueólogo Martín Almagro-Gorbea, Anticuario Perpetuo de la Real Academia de la Historia, se encuentra el estudio de las *sacras axa* o peñas sagradas de la Península Ibérica. Afloramientos de rocas puramente naturales pero de formas sugerentes e indudable espectacularidad, que, gracias a las tradiciones folklóricas asociadas a ellos, se sabe ostentaron una dimensión sobrenatural o sacra en tiempos ancestrales y, en consecuencia, fueron objeto de culto. No se trata, en absoluto, de un campo de estudio nuevo ya que la historiografía romántica europea y española se interesó por ellas en los siglos XVIII y XIX, pero lo cierto es que, a partir de entonces, dicho interés se desdibujó un tanto hasta prácticamente desaparecer, siendo contados los investigadores de fines del XIX y del XX que se sintieron atraídos por la problemática de estos monumentos. De hecho, en 1887 el reputado Émil Cartailhac confesaba que ni las piedras fitas, ni las piedras abaladoiras ni los altares tallados en la roca le concernían como arqueólogo, por más que se sintieran atraídos por ellas historiadores de la talla de Villaamil y Castro. Así, el estudio de las *sacras axa* quedó momentáneamente en vía muerta, subestimado por el mundo académico.

En España puede decirse que la moderna reivindicación oficial de las peñas sagradas como elementos arqueológicos y bienes patrimoniales se remonta a la reunión “*Sacra saxa*. Creencias y ritos en peñas sagradas”, que sobre ellas se celebró en Huesca en 2016 bajo los auspicios del Instituto de Estudios

Altoaragoneses y que tuvo el corolario de un segundo encuentro desarrollado en la misma ciudad cuatro años más tarde. Y es preciso destacar que uno de los principales impulsores de dichas reuniones fue el propio Martín Almagro-Gorbea quien desde bastantes años atrás, aunque todavía no de forma sistemática, ya venía refiriéndose a las peñas sagradas como una de las manifestaciones más conspicuas de la religiosidad céltica. Recuérdense al respecto, como muestra, sus trabajos sobre el *Lucus Dianae* con inscripciones rupestres de Segóbriga (1995), sobre el Canto de los Responsos de Ulaca (2006) o sobre el altar rupestre del Prado de Lácara, en este caso en colaboración con Jiménez Ávila (2001), sin olvidar aquellos otros en los que se rompía una lanza en favor de la Etnología -esencial para acceder al soporte mítico de las peñas sacras- como fuente de estudio esencial de la Hispania céltica (2009).

Pero ha sido en el último lustro cuando Almagro-Gorbea, consciente de que el tiempo de estudio de las peñas sacras se acaba -las creencias ancestrales asociadas a ellas se desvanecen en nuestros días a la misma velocidad vertiginosa que se desmoronan el mundo y la cultura rurales-, ha tomado la determinación de recoger y publicar sistemáticamente los documentos de este tipo diseminados por la Península, sobre todo por su mitad occidental, labrada sobre un zócalo granítico, en la que se concentran la mayor parte de este tipo de manifestaciones. Y ahí quedan sus escritos, no siempre firmados en solitario, sobre las peñas de Ávila, de Badajoz, de Burgos, de Cáceres, de Ciudad Real, de Madrid, de Salamanca, de Zamora o de Trás-os-Montes, fundamentales para ir espigando un original método de trabajo que hoy, ya suficientemente decantado y maduro, se proyecta en un nuevo y monumental ensayo sobre las *sacra saxa* de Galicia. Un ensayo en el que cuenta como compañero de viaje con otro sabio y experto conocedor de las tradiciones gallegas y atlánticas en general, Fernando Alonso Romero, catedrático de Filología de la Universidad de Santiago.

Los autores reconocen explícitamente que el objetivo del libro, dada la inmensidad del campo de estudio, no es aportar un exhaustivo vademécum o corpus de las peñas sacras gallegas, sino “ofrecer una perspectiva de conjunto para aproximarse a los mitos y ritos originales que explican su origen y carácter sagrado” (p. 478). Y para ello se sirven de una lista de sitios, por supuesto abierta, que reúne nada menos que 328 peñas o monumentos visitados por ellos personalmente y cuya información queda recogida en un modelo de ficha -la convenida en el primer Congreso de Huesca-, que incluye datos de localización y descriptivos, de posibles yacimientos arqueológicos próximos y de las leyendas y ritos asociados, además de la imprescindible bibliografía. Tal es el punto de partida de la presente investigación para documentar las propiedades mágicas y el carácter sobrenatural de estos singulares monumentos.

Hasta el presente, la mayor parte de los intentos de clasificación de las *sacras axa*, como los afrontados por Salomón Reinach o Jesús Taboada, se han basado en la morfología de los peñascos y en las labores esculpidas en ellos, esto es, en su dimensión más física. En la clasificación de Martín Almagro-Gorbea y Fernando Alonso, sin embargo, prevalecen los criterios funcionales, considerando de forma más práctica que el atributo por excelencia de cualquier peña sagrada es su significado y distinguiendo por ello en el presente libro los siguientes cinco grandes grupos: *Peñas numínicas*, *Altres rupestres*, *Peñas propiciatorias y de adivinación*, *Peñas fecundantes* y *Peñas Sanadoras*, a las que se añade un sexto grupo de casos varios. Las primeras se identifican con el *numen loci* o espíritu divino del lugar y, a falta de ritos asociados o de huellas humanas manifiestas, sólo es posible deducir su condición de espacios sobrenaturales a partir de los relatos míticos ligados a ellas. Los altares rupestres suelen ser peñas aisladas, nada raramente con escalinatas talladas que facilitan el acceso a su parte superior donde se sitúa una pila en la que se practicaban los sacrificios. Las Peñas propiciatorias y de adivinación, que en Galicia son seguramente las más abundantes, revisten diversas formas: algunas, por lo general elevadas, eran apedreadas desde la base con pequeños cantos demandando de la divinidad local respuesta afirmativa (si el guijarro quedaba encajado en lo alto) o negativa (si resbalaba al suelo) a las preguntas que se le formulaban, por lo general, referidas al futuro, de ahí su carácter adivinatorio y propiciatorio; y el principio de otras, las peñas oscilatorias, no variaba mucho dependiendo el sentido de la respuesta del balanceo o pequeña oscilación de determinadas rocas en equilibrio inverosímil. El uso de las Peñas fecundantes, que en muchos casos adoptan forma de resbaladeras o toboganes y en otros fálica (las *pedrafitas*), respondía al deseo de conseguir novio, de casarse o de obtener descendencia. Y las Piedras sanadoras, según se deduce de las manifestaciones folklóricas a ellas ligadas, eran morada de espíritus capaces de curar tanto a humanos como a animales, sirviendo en la mayor parte de los casos como elemento transmisor para la curación el agua de lluvia que se acumulaba en la *pías* o pilas, las más de las veces naturales, de la superficie de las peñas.

A diferencia de otras zonas de la Península, donde la mayor parte de las tradiciones que en su momento dieron sentido a las *sacra saxa* han caído en el olvido -hoy, desasistida de ritos y mitos, pocos se atreverían a asegurar, por ejemplo, que la célebre “silla de Felipe II”, en el Escorial, fuera uno de estos santuarios naturales-, la gran baza de Galicia en este sentido es la inmensa riqueza de su imaginario popular y la excelente salud -al menos en términos comparativos- de que goza su folklore. Tal vez este menor desgaste de las tradiciones se deba, en parte, a la posición marginal -*finisterrae*- de Galicia en el continente europeo, convertida por ello en refugio de usos y costumbres milenarios. Pero seguro que no es menos deudora de dicha buena salud la

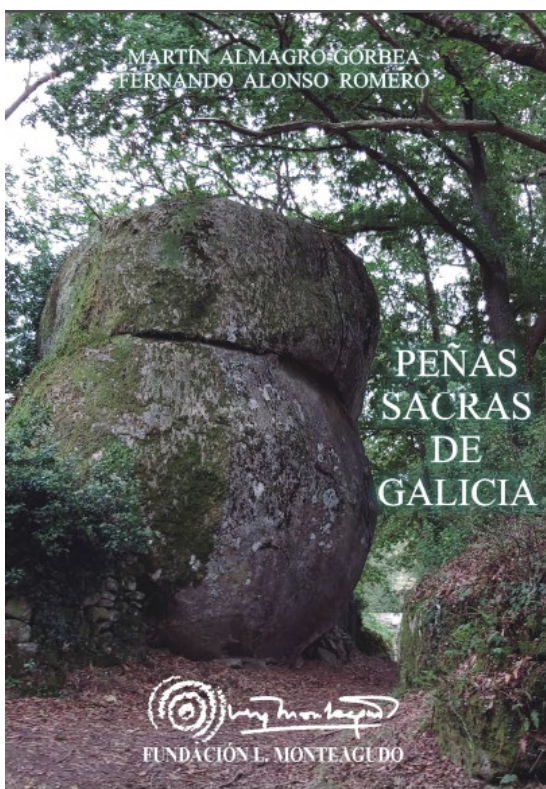
atención que los investigadores y eruditos gallegos han sabido prestar recurrentemente a la etnografía de su patria, a sus elementos distintivos e identitarios -no es casualidad que muchos de los que lo hicieron fueran a su vez celtistas y nacionalistas, como Manuel Murguía-, básica para su preservación. Lo cierto es que una de las grandes fortalezas del libro de Almagro-Gorbea y Alonso Romero es el abrumador cúmulo de información folklórica asociada a las peñas sacras: entre los más de trescientos ejemplares gallegos analizados, no hay peña sin mito ni rito, lo que, de cara a sondear su significado, representa una extraordinaria ventaja respecto al registro de otros territorios.

Pero el verdadero desafío del originalísimo libro que nos ocupa es descifrar en qué momento se produjo la sacralización de las peñas sacras o, lo que es lo mismo, cuál es la cronología de los mitos aparejados a ellas. El saber popular atribuye gran parte de estos a los “mouros,” a identificar no con los “moros” clásicos de la Edad Media sino con los “mrwos” o espíritus célticos, hecho que presupone cierta antigüedad del fenómeno, al mismo tiempo que invita a reconocer sus raíces paganas. Pero poco trabajo cuesta comprobar cómo también transitan con frecuencia por dichas leyendas la virgen María y los santos cristianos. Sin embargo, como explican los profesores Almagro-Gorbea y Alonso Romero, no hay en ello la menor contradicción por cuanto las *sacras axa* son expresión de un fenómeno de larga duración, que se inspira ciertamente en creencias ancestrales pero remodeladas con el paso del tiempo, de un tiempo largo. La cristiandad primitiva -pensemos en los primeros Concilios Ecuménicos o en el *De correctione rusticorum* de San Martín de Braga- chocó con el fuerte arraigo de los cultos paganos e, incapaz de neutralizarlos, recurrió a apropiarse simbólicamente de los escenarios naturales (p.e. las rocas, nuestras peñas sagradas) en los que se desarrollaban. A primera vista, rige, pues, la misma lógica en la asociación de Santa María a nuestros monumentos que en la decisión de emplazar la catedral de Córdoba sobre la antigua mezquita musulmana: en ambos casos estaba en juego aprovechar el halo y el poder de atracción del viejo lugar sagrado. Y ello, tal vez, en el marco de fenómenos no excesivamente traumáticos, según cabe deducir de la tajante afirmación de Pierre Saintyves de que incluso “el culto a los mártires y a los santos es de origen pagano”.

Descartado entonces el origen islámico, visigodo, suevo o romano, la conclusión es que aquellas creencias y ritos cuanto menos remontan al sustrato cultural de la Hispania prerromana y reflejan una gran coincidencia, no sólo con el imaginario céltico de la Península, sino con el del resto de las tierras atlánticas del oeste de Europa, tan afines a Galicia en el plano etno-cultural. No es imposible, como apuntan Almagro y Alonso esgrimiendo el argumento del animismo (incluso a las piedras, racionalmente inanimadas, se les atribuyen alma y propiedades mágicas), que las raíces más profundas del fenómeno de las peñas sacras alcancen al paleolítico; determinados mitos alusivos a la Diosa

Madre, diosa de la vida y de la muerte, diosa de la regeneración en suma, remiten con toda probabilidad al neolítico y a época dolménica; pero de lo que no hay duda, y ahora hay ya documentos arqueológicos esclarecedores, como el Canto de los Responsos de Ulaca o el roquedo de Panoias, es de que las peñas sacras, cuya dispersión coincide exactamente con la de la Hispania Céltica (la de las inscripciones en lengua lusitana, la de las saunas castreñas, la de las estelas de guerrero cuyo corolario son los *guerreiros* galaico-lusitanos, etc.), “presentan elementos evidentes de ritos y creencias celto-lusitanas que remontan hasta el substrato campaniforme protocelta” (p. 448).

Decir todo esto es fácil; demostrarlo sólo está al alcance de investigadores como los que firman este libro que, además de tener un profundo conocimiento de las sociedades primitivas y del mundo antiguo, son capaces, en su intento de ofrecer una visión panorámica del significado de las peñas sacras, de cruzar datos de disciplinas tan distintas como la Arqueología, la Etnología, la Historia Antigua y la Historia comparada de las religiones. Por más que su proverbial modestia lleve a Almagro-Gorbea y Alonso Romero a afirmar que el contenido del presente volumen es sólo proporcionar una visión de conjunto “provisional” del tema (p. 469), la importancia



de sus logros los hace acreedores de nuestra más efusiva felicitación. La misma que merece la Fundación Monteagudo, en tanto editora de un libro deslumbrante, cuyo contenido raya a la misma gran altura que las obras del admirado maestro don Luis Monteagudo.

Germán Delibes de Castro.